
Editorial

La ciudadanía exige castigo ejemplar a los responsables de la tragedia de Guadalajara. Las autoridades, por su parte, ya consignaron a los funcionarios que, sabiendo del peligro de que ocurrieran explosiones, no hicieron nada por salvaguardar la vida de las personas que habitaban la zona Reforma de la ciudad.

Una ciudad puede sufrir una desgracia provocada por la naturaleza: un temblor, un ciclón o una erupción volcánica, que ocasione graves daños, pérdidas materiales y humanas.

En estos casos uno protesta al destino y no deja de preguntarse ¿por qué? Los creyentes encuentran resignación en la fe y los no creyentes fuerza en sus propios recursos emocionales.

En el caso de Guadalajara lo que se siente es sorpresa e ira, al conocer la irresponsabilidad y desidia de tantos hombres que, tal vez ya no podían evitar las explosiones, pero que debían haber evacuado la zona para salvar la vida y la salud de cientos de personas.

Su irresponsabilidad se hizo más evidente cuando se pretendió culpar del accidente a una fábrica de aceites, sin medir las posibles consecuencias. Buscar un "chivo expiatorio" fue una muestra más de la carencia de valor moral de todos los involucrados.

Ahora habría que averiguar quién mando a remover los escombros con maquinaria pesada, antes de que se terminaran las labores de rescate. Porque quien lo haya hecho también merece un castigo. Algo estaba tratando de ocultar. *Am*